



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México  
México

Quintana Tejera, Luis  
Saúl Rodríguez, un ciego lleno de luz (1928-1991)  
Ciencia Ergo Sum, vol. 18, núm. 1, marzo-junio, 2011, pp. 90-94  
Universidad Autónoma del Estado de México  
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10416528013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



uento

Recepción: 16 de agosto de 2010  
Aceptación: 22 de septiembre de 2010

\*Facultad de Humanidades, Universidad  
Autónoma del Estado de México.

Correo electrónico: qluis11@hotmail.com

# Saúl Rodríguez, un ciego lleno de luz

(1928-1991)

Luis Quintana Tejera

*Entre las brumas del alcohol  
unos ojos sin luz buscan,  
imprescindiblemente buscan.  
El cuerpo se resiste y el alma implora.*

Tenía apenas sesenta y tres años cuando murió en un triste hospital mexicano. Amanecía el viernes 15 de marzo de 1991; los familiares reunidos recibieron la triste noticia. El alcohol había carcomido sus entrañas; el hígado no pudo resistir los

baños etílicos que una boca sedienta le enviaba diariamente.

Saúl era un hombre muy especial; no cualquiera habría estado en condiciones de entender su modo de vida y su manera de encarar las circunstancias cotidianas que el destino le obligaba a enfrentar. Se casó a

rante algún tiempo fueron felices; y debe haber contribuido en mucho —para que tal circunstancia se hiciera posible— el hecho de que Saúl era viajante de comercio y pasaba muy poco tiempo en su ciudad y en su casa.

los treinta años —el domingo 16 de marzo de 1958— con doña Lidia, una mujer inquieta, de condición biliar y de aparente serenidad que en cualquier momento podía tornarse en un verdadero huracán de fuego, y que intentaba destruir todo aquello que se interpusiera entre ella y sus búsquedas, entre ella y sus aspiraciones más arraigadas.

Infaliblemente salía todos los lunes de madrugada en dirección a la terminal de autobuses en donde abordaba la unidad que lo llevaría al destino marcado para esa semana. Con la finalidad de cumplir con estos eventos vestía impecablemente de traje gris o azul según lo decidiera su estado de ánimo. Él decía que el azul revelaba inequívocamente un temperamento dispuesto a triunfar y que debíamos vestir de ese color cuando las cosas estaban no sólo bien, sino que además se abrían prometedoras y atractivas en el inicio de la jornada. El gris, en cambio, mostraba una personalidad del mismo color, que no estaba dispuesta a ningún sacrificio para concretar sus logros y que deprimía tan sólo al verlo. Por ello, cuando dominaba en él uno u otro de los estados de ánimo perfilados, echaba sobre su cuerpo perfumado la tela del matiz apropiado.

No obstante lo anterior quiero pensar que du-



Ilustración: Alejandro Ramírez Nava

Porque —es preciso aclararlo en este momento— para Saúl la vida podía ser cautivadora e insinuante o desgastada y letal. Y no quería engañarse con falsas esperanzas: al seleccionar el color elegía también el estado de ánimo que en esa semana, al menos, lo habría de acompañar.

Sus apellidos eran Rodríguez—Pérez y Saúl se quejaba siempre por haber tenido dos padres con apelativos tan corrientes. En cada nuevo sitio al que llegaba revisaba el directorio telefónico e invariablemente hallaba más de cien nominaciones encabezadas por la combinación de sus dos patronímicos. Decía, con ese sentido humorístico que lo habría de acompañar hasta la muerte misma, que “Rodríguez” era lo mejor que le había pasado, comparado con la multitud de “Pérez” que inundaban el universo mediante sus presencias desgastadas. Y como había leído literatura de la buena en los largos espacios que los viajes le concedían y que los hoteles le regalaban, sostenía que Lazarillo —el terrible Lazarillo de la narrativa española— había hecho muy bien en autodenominarse “Lazarillo de Tormes”, porque si no hubiera sido de este modo, todos lo habrían conocido simplemente como “Lazarillo González Pérez”. Quizás por esta causa cuando le preguntaban su nombre respondía con acento decidido, firme y orgulloso: “Saúl Rodríguez, para lo que guste mandar”; hubiera querido decir mejor: “Saúl de Xalatlaco”, para evitar la tediosa reiteración que sus apelativos implicaban. En este momento su voz se escuchaba como la de un actor haciendo gala de un atributo sonoro inimitable, y como actor que siempre supo ser, se volteaba con una tenue sonrisa para observar a quienes también lo miraban con inconfesable curiosidad.

Pasaron los años lenta, pero irremediablemente. Las pasiones de Saúl estuvieron limitadas al cigarro y al alcohol. A pesar de tantas noches solitarias y lejos de su familia, no acudió jamás a la compañía circunstancial de una hembra motivadora, ni tampoco construyó su capilla a espaldas del templo tambaleante que los fines de semana le esperaba.

Doña Lidia reprochaba con frecuencia a su esposo el abandono, y lo denostaba por dejarla a ella y a sus hijas enfrentando en triste soledad los avatares de cada jornada. Al menos así lo hizo los primeros diez años; a partir de aquel domingo 11 de agosto de 1968 comprendió que era mejor estar sola que acompañada a medias por un hombre que se volvía cada vez más desconocido y lejano; ese día lo sacó para siempre de su corazón y, aunque siguió viviendo en la casa por un tiempo, ella ya sabía que ni siquiera un dedo de su mano izquierda le habría de pertenecer a partir de ese momento.

En Saúl resultaban frecuentes ciertas reacciones inesperadas. A los cuarenta y cinco años —en febrero de 1973— le detectaron un problema grave en sus ojos. Le dijeron que debía extremar los cuidados relativos a la salud. El tratamiento ocular podía dar algún resultado, pero el oftalmólogo no le aseguraba nada. Se trataba del terrible glaucoma que como asesino silencioso había ido dañando el nervio óptico de forma progresiva y estrechando el campo de visión. El médico le explicó que esta enfermedad constituía la primera causa de ceguera irreversible en México si no se detectaba y trataba a tiempo. Y nuestro insólito personaje sostenía que él era el mexicano que más veces acudía al consultorio, porque el último mes había visitado —él era representante médico de los laboratorios Pisa— a

más de cuarenta especialistas y, a pesar de ello, se veía castigado por una dolencia sorpresiva. Repetía entre dientes:

La existencia no puede ser más ingrata de lo que ya es. En este presente en el que vivo, me siento en condiciones de enfrentar cualquier cosa, menos a la noche progresiva que me impida tener contacto con tanta belleza que la vista me regalaba.

Los dos primeros años, todo parecía ir sobre ruedas: las molestias prácticamente habían desaparecido, si bien tenía algunas dificultades para leer, la visión en general se mantenía en el contexto de parámetros normales. Al menos así pensaba él y sobre todo porque no se había detenido a observar el hábitat restringido de luz que aparecía tímidamente detrás de la imagen que estaba observando.

Es cierto también que se preocupó bastante el día en que al agacharse a recoger una moneda que se había caído, perdió el equilibrio y todo se nubló a su alrededor.

Muchas veces el ser humano cree tener las cosas bajo absoluto control y —cuando menos le espera— la vida, el destino, o la suerte le juegan una mala pasada. Podremos ser dueños de riquezas sustentables, pero no somos propietarios de nuestra propia vida, de nuestra escurridiza salud.

Saúl siguió visitando consultorios médicos para recomendar a los doctores las mejores opciones que su laboratorio tenía; y mientras eso ocurría sus ojos se negaban cada día más y se iba sumiendo poco a poco en la inevitable noche eterna que el hado siniestro le tenía preparada.

No obstante los problemas aludidos, el visitante médico de nuestra historia continuó desempeñando sus funciones hasta que cumplió los cincuenta y siete años. Una mañana —era el lunes 04 de noviembre de

1985— abrió sus ojos a la nada; despertó y se vio rodeado de sombras; restregó sus pupilas varias veces, pero la persistente oscuridad seguía allí. A tientas tomó de su mesita de noche la botella de ron y bebió de un solo sorbo dos tragos: su cuerpo se conmovió al recibir el impacto temprano de esa bebida. Afuera estaba lloviendo y los pocos pájaros que se atrevían a salir, picoteaban en la ventana de su alcoba.

Llamó a Lidia y le pidió ayuda. La mujer —sin dejar de expresar la insatisfacción que la presencia de este hombre le provocaba— lo acompañó al baño, lo apoyó para que se vistiera, le acercó la corbata que mejor combinara con su traje gris y, posteriormente, salió con él en dirección al consultorio del oculista.

El doctor lo examinó con extremo cuidado. Se sumergió con su linterna diminuta en el cráter sin esperanzas de aquellos ojos, dejó caer unas gotas inútiles en la muerta pupila y, miró, miró a unos ojos que no lo veían, para decirles con parsimonia confidente que ya no podía esperarse nada más de ellos: el glaucoma había llegado a su última etapa y sólo restaba empezar a recorrer el largo camino de la noche infinita.

La última esperanza del

infortunado Saúl se desmoronó por completo. Al principio pretendió no haber oído las palabras del profesional de la salud, en seguida bajó la cabeza y se tomó ambas rodillas con sus manos; la corbata desarreglada, la mirada perdida que buscaba en las tinieblas y, sobre todo, el dolor, aquel dolor indescriptible que nacía en el inmenso caos de su mundo interior. De pronto se dio cuenta que había perdido el sentido del humor, de pronto comprendió que estaba ciego y solo; a partir de ese día la gente lo observaría con una mirada de compasión, le cederían el asiento en el autobús, se ofrecerían sumisos para ayudarlo a cruzar la calle. Había perdido la independencia que siempre supo tener.

Pero todo esto no era nada comparado con el estado de ánimo que ahora lo dominaba. En su existencia nunca había tenido clara la noción de Dios; es más, creía que Dios era únicamente un adorno caro al que recurrían con frecuencia los desesperados. Además, ese Dios implacable que no podía existir si se mostraba indiferente ante la adversidad humana, no era digno de recibir tributo alguno de los hombres. Los hombres, juguetes perennes del destino trágicamente jugueteón, no podían venerar a quien los ignoraba.

Y en el silencio de su conciencia sin Dios lloró de rabia y desesperación. Lidia murmuró apenas palabras de aliento inconfundibles, pero antes de pronunciarlas ya sabía que todo había terminado entre ellos hacía ya bastante tiempo. Pudo mentirle las primeras semanas en que Saúl —por primera vez en muchos años— se quedó en la casa con ella y sus hijas. Pero el tiempo pasó y el inestable Saúl se volvió un estorbo en aquel recinto.

Sus hijas lo cuidaban como al extraño que era; manifestaban el respeto



Ilustración: Alejandro Ramírez Nava

que un desconocido de cierta edad habría despertado en ellas; intentaban darle cariño y apenas alcanzaban a otorgarle una mínima cuota de conmiseración y lástima.

Lidia casi no estaba en la casa. Se dedicaba a sus negocios, como siempre, y trataba de suplir así la falta de apoyo económico que la ceguera había provocado.

Y todo sucedió rápidamente: un día, los esposos comenzaron a dormir en camas separadas y, poco tiempo después, Saúl se fue a vivir a una habitación miserable que la caridad de su mujer le había conseguido. Con la escasa pensión que cobraba podría afrontar la nueva vida sin mujer y sin hijas, podía pagar la exigua renta de aquella habitación que más parecía depósito de trastos viejos, podía comprar los escasos alimentos que habría de consumir desde este momento hasta su muerte.

Con incomprensible desapego, las hijas lo fueron relegando poco a poco; a los tres meses de haber abandonado la casa casi no lo visitaban. Sólo algunos amigos de otros tiempos se daban una vuelta por la vivienda del ciego olvidado.

Un día lo invitaron a salir de juerga; no dejaba de parecerles folclóricamente extraño el hecho de emborracharse en compañía de un invidente; y Saúl, que en parte había recuperado el sentido del humor de otros tiempos, estuvo de acuerdo en distraer sus ocios eternos.

—Cabrones, hijos de su querida mamacita, quieren aprovecharse de mí y por eso me invitan a salir como en las viejas épocas, ¿no?, les decía con la voz cascada por el tiempo y el alcohol. Y todos sentían unánimemente lástima por él, aunque algo de la lejana admiración que en otras épocas los uniera afloraba de pronto en el momento en que estos hombres lo miraban con ternura condescendiente y cruel.

Parecía ser uno más en aquel grupo de hombres en busca de diversión; pero los otros veían al mundo al menos con una mínima esperanza de alcanzar cosas que las sombras tenían vedado al valiente Saúl. Muchos dicen, haciendo gala de la pose sublime de un predicador convencido, que la ceguera espiritual es mucho peor que la invidencia física; les quitaría la vista sólo por diez minutos y, estoy completamente seguro, que terminarían suplicando que volviera la luz; noches enteras de ceguera espiritual no podrían compararse siquiera con un minuto de doloroso silencio de luz.

Estaban todos los amigos aguardando afuera del bar, cuando a Saúl lo invadieron intensas ganas de orinar; titubeando en la obscuridad se aproximó a lo que creyó que era una columna del alumbrado público, se desabrochó la bragueta, buscó entre sus ropas el miembro inútil y, mareado él también por el alcohol, lo extrajo con cautela en previsión de la presencia de algún observador no invitado y, comenzó a mear. Mientras su cuerpo se libraba de la presión de tanto líquido que la bebida le dejaba, oyó una voz imperativa, autoritaria y severa que le preguntaba con furia: “¿Qué haces, viejo cerdo?” Y Saúl contestó con obvia naturalidad a una pregunta tan innecesaria: “—Meando, o no ves”. En seguida el inoportuno se abalanzó sobre él y antes de que pusiera sus manos apremiantes en la humanidad del invidente, tres de los amigos de Saúl atacaron al intruso. Era un policía que vestía un desgastado uniforme. Su furia había comenzado en el preciso momento en que vio —sin poder dar crédito a los hechos— que un individuo estaba orinándose en la patrulla nueva que esa misma tarde le habían entregado; ante tal inusual bautismo el policía quiso actuar con toda su

autoridad sin darse cuenta que era nada menos que un ciego quien había hecho tal cosa.

Hubo gritos destemplados, golpes por doquier, manos que se bucaban con violencia, ojos apaleados, garrotazos en una y otra dirección, y, hasta alguna bala perdida que llegó a herir a uno de los hombres que —con dedicación y entrega— defendían al amigo Saúl. Mientras todo eso sucedía el invidente no quería perderse aquella fiesta que si bien estaba programada, venía perfectamente a cuento para alejarlo —al menos por unos momentos— de las monotonías perversas de cada día de cada noche y de cada instante de su existencia ruin; tiraba trompaca en todas las trayectorias posibles por supuesto, no le acertaba a nadie; sólo alcanzó a golpear su mano derecha contra uno de los cristales laterales de la maltratada patrulla, situación que lo dejó dolorido por más de tres semanas.

Saúl parecía vivir en una cárcel donde los guardianes le tenían tanta confianza que lo dejaban salir en la dirección que él quisiera; ellos sabían que tarde o temprano volvería tambaleante, vacilando en medio de la niebla absoluta de sus ojos y mareado por la pesadumbre y el licor.

Había hecho un pacto con uno de sus yernos, el único que normalmente se encargaba de él; le había pedido que semana tras semana comprara dos cajas de tequila: un doce botellas en total, que él religiosamente iría consumiendo cada tres días, noche tras noche. Decidido de este modo, gastar el poco dinero de la pensión en aquel dulce veneno que gradualmente lo conducía a su total aniquilamiento. Manuel, marido de la primogénita, no pudo negarse aunque intentó al principio con pálidos argumentos convencidos de que la vida era mucho más que

todas las derrotas que el hombre pudiera enfrentar. Manuel se convenció definitivamente el día en que Saúl le respondió con una paz y una inmensa tranquilidad que en los últimos tiempos lo acompañaban:

-Vivir puede ser una fórmula sencilla si el hombre cuenta con alternativas, con posibilidades, pero seguir viviendo en medio de la mierda que representa esta habitación vacía de toda presencia humana..., no, así no puedo seguir aguardando cada nuevo amanecer. Mi auténtica esperanza radicaré -a partir de hoy- en que podré despertar cada mañana sabiendo que ya queda poco, muy poco tiempo. No me puedo reconciliar con Dios, porque Dios no existe, pero puedo entablar un diálogo silencioso con esa fuerza natural que nos posee y nos conduce a cada instante; quizás ella me pueda escuchar y comprender.

Empezaba a tomar después de haber aseado mínimamente su “pequeña residencia”, como la llamaba en sus pocos momentos de continencia alcohólica. A un trago seguía otro y otro, hasta que la botella

se iba vaciando en aquel estómago herido de muerte.

Un día lo encontraron desmayado en medio de un charco de materia sanguinolenta: era el lunes 11 de marzo de 1991. Vivió una agonía desbordante y cruel; en mitad de la semiconsciencia que lo perseguía llegó a pedir su botella de tequila, se aferró a las manos de cada una de sus hijas crueles y aún tuvo fuerzas para decirle a Lidia que no la odiaba como realmente se lo merecía; sólo sentía por su ex esposa una conmiseración especial, porque todavía a ella le quedaban por delante muchos años vacíos en los cuales ni siquiera ese Dios que su mujer citaba se apiadaría de su alma tacaña.

Quemaron sus cenizas en aquella tarde lluviosa de marzo; *el Pistola* -borracho hasta el extremo, pero el único amigo realmente fiel de Saúl- llegó a decir en el momento solemne, que el cuerpo de su camarada ardería mucho más rápido que cualquier otro gracias al imperio del líquido espirituoso que había llenado sus extrañas; gritaba en el

cementerio, en medio de las lágrimas que la añoranza y el alcohol le provocaban:

“No morirás nunca, colega del alma; para mí siempre serás esa tea ardiente que eres ahora; no se apagará tu recuerdo, hermano”.

Y las desaforadas palabras de este loco se trocaban, cual magia sublime, en breves indicios de poesía: la poesía que sigue viva en el interior atormentado de todos los que sufren.

Saúl nos dejó para siempre. Han pasado casi diez años. No puedo olvidarlo tan fácilmente y aunque ya no existen los lazos que indirectamente me ataban a él, sí está vivo en mí esa añoranza profunda que despiertan aquellos que supieron ser, que supieron vivir y morir con dignidad equívoca y que, con plena inconsciencia, nos dejaron la mejor lección de vida a través de la cual todavía parece gritarnos:

“¡Vive aunque una sola persona te necesite!; si esto se acaba, no te detengas y toma las medidas precisas para dar el gran salto hacia la muerte”.



Ilustración: Alejandro Ramírez Nava